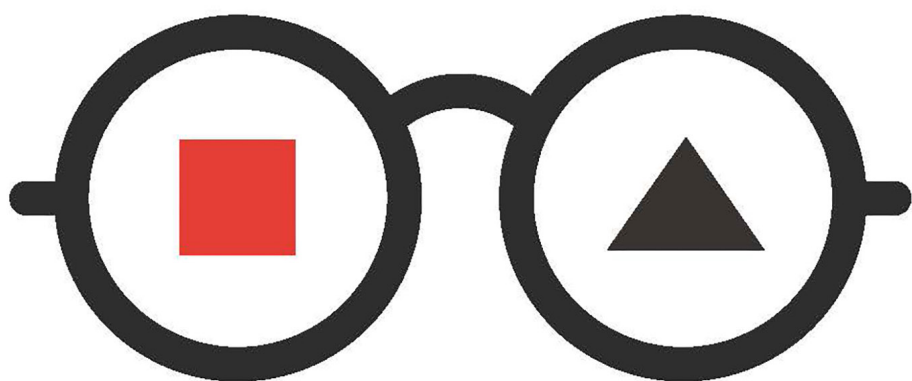


Bertrand Russell

# ENSAYOS ESCÉPTICOS



RBA

*Ensayos escépticos*

BERTRAND RUSSELL

# ENSAYOS ESCÉPTICOS

*Traducción de*

MIGUEL PEREYRA, TOMÁS FERNÁNDEZ AÚZ

Y BEATRIZ EGIBAR

**RBA**

Título original inglés: *Sceptical Essays*.

© The Bertrand Russell Peace Foundation, Ltd, 1996.

Traducción del inglés autorizada por Routledge,  
miembro de Taylor & Francis Group.

© del prefacio: John Gray, 2004.

© del prólogo a esta edición: Manuel Cruz, 2024.

© de la traducción de los capítulos 2, 3, 4, 5, 6, 10, 14 y 16:  
Miguel Pereyra, 1954.

Todos los derechos reservados.

© de la traducción del Prefacio, la Introducción y los capítulos  
1, 7, 8, 9, 11, 12, 13 y 15: Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, 2011.

Diseño de cubierta: Estudio Freixes i Pla.

Imagen de cubierta: Trimaker/Shutterstock.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2024.  
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.  
rbalibros.com

*Primera edición: junio de 2011.*

*Primera edición en esta colección: enero de 2024.*

REF.: OBDO304

ISBN: 978-84-1132-705-3

EL TALLER DEL LLIBRE • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito  
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida  
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conflidencia.com](http://www.conflidencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

*Aimer et penser: c'est la véritable vie des esprits.*

VOLTAIRE



## CONTENIDO

<i>Prólogo de Manuel Cruz</i>	9
<i>Prefacio a la edición inglesa, por John Gray</i>	17

### ENSAYOS ESCÉPTICOS

<i>Introducción. Del valor del escepticismo</i>	27
1. Sueños y realidades	45
2. ¿Es supersticiosa la ciencia?	57
3. ¿Puede el hombre ser racional?	67
4. La filosofía en el sigl o xx	75
5. Máquinas y emociones	101
6. Practicismo y valoración	109
7. Los ideales de felicidad de Oriente y Occidente	119
8. El mal que causan los hombres buenos	133
9. El recrudescimiento del puritanismo	147
10. La necesidad del escepticismo político	157
11. El librepensamiento y la propaganda oficial	173
12. La libertad en sociedad	201
13. Libertad frente a autoridad en materia educativa	219
14. Psicología y política	241
15. El peligro de las guerras ideológicas	253
16. Algunas consideraciones, no todas optimistas	277





## PRÓLOGO

### EL ESCEPTICISMO HA VUELTO (AUNQUE NUNCA SE FUE DEL TODO)

Si el escepticismo fuera un partido político y los escépticos, sus militantes, en cualquiera de los mítines que organizaran, alguno de los líderes de la formación a buen seguro gritaría, ante el previsible entusiasmo de los allí congregados: «Compañeros, ¡el escepticismo ha vuelto!». Y no le faltaría razón, por cierto. Aceptemos de momento el trazo grueso del anuncio (en los mítines no cabe, por definición, andar con muchas matizaciones), aunque dejemos dicho, por lo menos, que en sentido propio el escepticismo nunca había terminado de irse, por más que pudiera haber perdido influencia en algunos momentos.

Empecemos por señalar, para que quede claro de qué estamos hablando, que, de acuerdo con la definición de Pirrón que desde el primer momento hace suya Bertrand Russell, escepticismo es aquella posición filosófica que sostiene que nuestro conocimiento jamás alcanza a garantizarnos que un determinado proceder resulte más sensato que otro. O, si se quiere plantear la definición desde la perspectiva de sus protagonistas, también podríamos afirmar que escéptico no es tanto el que no cree como el que no está demasiado seguro de lo que cree.

No nos demoremos en destacar, para que al menos quede subrayada cuanto antes la diferencia entre el escepticismo y otras doctrinas filosóficas, su carácter formal. De cualquiera de las dos versiones de la misma definición que acabamos de

presentar, se desprende que el nervio del escepticismo viene constituido por una cautela metodológica: no nos dice —porque no puede hacerlo— cómo debemos vivir, sino de qué forma no debemos creer. Este matiz permite no confundirlo con otras actitudes en algún sentido próximas, como podría ser el nihilismo, también en auge en nuestros días.

Porque la duda en todo cuanto cree, propia del escéptico, también se aplica a su propio convencimiento escéptico. Que todo sea incierto también se aplica a la afirmación de que todo es incierto. Pero esto, que alguien podría considerar indicio de una profunda contradicción, constituye precisamente, como señalara Pascal, la profunda virtud del pirronismo. No solo porque de esa manera se evita la autodestrucción en la que desembocaría necesariamente este planteamiento, sino porque es lo que permite a Bertrand Russell compatibilizar su profundo escepticismo con su creencia en el progreso. Nada hay de contradictorio en semejante compatibilidad siempre que dicha creencia no pretenda instituirse en una verdad incuestionable, a salvo de toda crítica.

Porque lo de menos, a este respecto, es que el autor de esta joyita de libro que el lector tiene en sus manos se adhiriera a un progresismo liberal o a otra opción. Lo que importa es que su discurso deja claro que el escepticismo no es un discurso abrasivo, que impida adoptar decisiones de orden práctico a cualquier nivel. Por supuesto, tanto a nivel individual como colectivo no podemos quedar paralizados por la duda. Pero es que la duda no está para impedir nuestras decisiones, sino para decidir mejor. Y, ciertamente, decide mal quien es incapaz de dudar de aquello en lo que cree, sea lo que sea. Quien así actúa se hace plenamente merecedor del calificativo de dogmático, que es aquel que, en definitiva, ama más la certeza que la verdad, hasta el extremo de que considera cierto todo lo que se juzga verdadero.

Por su parte, el escepticismo no niega la idea de verdad. Decíamos al arrancar que el escepticismo nunca había terminado de irse, y tal vez sea este un buen momento para recuperar aquella afirmación. Sin reclamar expresamente el rótulo «escepticismo» han sido muchos los autores que han hecho suya la cautela metodológica que representa. Empezando por el propio Bertrand Russell, desde luego. ¿Cómo olvidar la brillante y divertida forma en la que, en otro texto (*Los problemas de la filosofía*), tiraba por tierra los supuestos del acrítico convencimiento en el valor de la inducción? Me permito recordárselo a los más desmemoriados: «El hombre que daba de comer todos los días al pollo a la postre le tuerce el cuello y demuestra con ello que hubiesen sido más útiles al pollo opiniones más afinadas sobre la uniformidad de la naturaleza». Aunque, puestos a constatar el linaje de las afirmaciones, habrá que decir que la de Russell tiene unos inequívocos ecos ilustrados. Ya Fontenelle comparaba la fe de los antiguos en la invariabilidad de los cuerpos celestes con la fe de una rosa que proclamara que, hasta donde alcanza la memoria de las rosas, todavía no ha muerto ningún jardinero.

Pero no nos alejemos demasiado del presente y constate-mos, sin abandonar la corriente analítica anglosajona, que también ha habido otros autores que han asumido esa misma disposición escéptica sin por ello renunciar a un horizonte de verdad. Y ya que la cita de Russell recién mencionada pertenece al capítulo de su libro dedicado a la inducción, ¿qué otro mejor ejemplo que el de otro crítico de la inducción, por añadidura (¿y por casualidad?) también liberal, Karl R. Popper? Si la metodología popperiana ha recibido el rótulo de falsacionismo es precisamente porque se plantea como una alternativa radical al verificacionismo neopositivista, que daba por descontado que la expectativa de alcanzar la verdad no solo es perfectamente posible a través de los

mecanismos establecidos de contrastación con los hechos, sino que esa verdad alcanzada puede interpretarse en términos de tierra conquistada de una vez por todas. De tal manera que el proceso de desarrollo del conocimiento puede interpretarse en términos de un aumento de la cantidad de verdades incontrovertibles a nuestra disposición.

Como es sabido, para Popper solo podemos obtener certeza firme de la falsedad (por definición, la verdad siempre es precaria y puede quedar arruinada en su estatuto de tal en el momento menos pensado por una circunstancia, hecho o realidad no contemplada inicialmente por la teoría que se está sometiendo a examen). De semejante convencimiento, el autor de *La lógica de la investigación científica* infería en primera instancia la inutilidad de la propia idea de verdad. Sin embargo, la acreditada querencia autocrítica de Popper —claramente manifestada en las nuevas notas a pie de página que iba introduciendo en las sucesivas ediciones de sus libros— le llevó al convencimiento de que cabe hablar de algo así como grados de verdad o, si se prefiere, de verdades que, a pesar de su provisionalidad, son, si se nos permite la expresión, más verosímiles que otras. Y es que, en efecto, parece claro que algún tipo de reconocimiento gnoseológico se le ha de conceder a aquellas teorías o planteamientos que consiguen superar con éxito constantes ejercicios de falsación. De ellas, terminaba reconociendo Popper, cabe afirmar que están más cerca de la verdad que las que se han visto desautorizadas por la realidad.

Ahora bien, por más que hayamos definido al escepticismo como una cautela metodológica, estaríamos proporcionando una imagen insuficiente, por no decir sesgada, de él si lo confináramos al ámbito de la reflexión gnoseológica (o de la teoría del conocimiento, como prefieran decirlo). Por añadidura, de hacerlo, no estaríamos aportando los elementos para entender la cuestión con la que arrancábamos, a saber,

ese proclamado regreso del escepticismo en nuestros días. Para entenderla, se impone introducir en la ecuación la profunda crisis padecida por la posición filosófica que constituye el contrapunto y referente crítico del escepticismo. Nos referimos, claro está, al dogmatismo.

Respecto a este se impone, ante todo, no incurrir en los tópicos simplificadores y, menos aún, en la caricatura. Porque, desde el punto de vista estrictamente técnico-filosófico, lo que afirma el dogmatismo es la existencia de conocimientos ciertos. Así entendido, cabe considerar como dogmáticos, sin la menor connotación peyorativa, al grueso de los grandes filósofos. Tanto ellos como, más allá, todos nosotros funcionamos en nuestras vidas dando por descontado que existen cosas que no ofrecen la menor duda y que consideramos por completo ciertas (así, se puede afirmar, con escaso margen de error, que son muy pocos los que andan dudando de su propia existencia o de la caída de los graves, por poner dos ejemplos tan obvios como incontrovertibles).

El problema radica en que no siempre parece posible dibujar una nítida línea de demarcación entre aquello respecto de cuya certeza material no cabe la menor duda y aquello otro susceptible de verse refutado o falsado según cómo evolucionen las cosas. Esto se hace particularmente evidente cuando el conocimiento en cuestión es el referido a la sociedad. Entonces, no es raro que los perfiles se desdibujen y la confusión se instale en el corazón de los discursos. Y si en general la historia es rica en ejemplos de convencimientos tomados durante mucho tiempo por certezas absolutas y que en un determinado momento, por circunstancias de diverso orden, perdieron dicha condición, el momento presente podríamos afirmar que constituye la muestra más rotunda de las dificultades que tiene cualquier dogmatismo para seguir manteniendo los convencimientos que tenía por más arraigados.

En efecto, con independencia de que el hundimiento del Imperio soviético, primero, y la Gran Recesión del 2008, más tarde, hayan podido funcionar como falsaciones históricas de los dos grandes modelos de sociedad dominantes a lo largo del siglo xx, lo cierto es que la crisis de ambos venía de atrás. De Daniel Bel a Byung-Chul Han, pasando por Jean-François Lyotard, Francis Fukuyama o Zygmunt Bauman, habían sido muchos los autores que desde hace décadas nos habían venido advirtiendo de la creciente obsolescencia de las grandes visiones del mundo heredadas de la Modernidad. Pues bien, lo largamente anunciado por fin ha llegado y, sin esfuerzo ni violencia teórica alguna, podríamos afirmar que uno de los rasgos característicos de nuestro presente es precisamente una profunda pobreza discursiva, prácticamente ayuna de certezas.

De tan formidable crisis deberíamos ser capaces de extraer alguna lección. Probablemente la mejor respuesta no sea la de deslizarse, ante la decepción, hacia un relativismo inane, como el representado por una cierta posmodernidad, hacia un nihilismo estéril o hacia alguno de los múltiples intentos de sustituir las incertidumbres de la razón por las certezas de la emoción. El planteamiento debería ser otro: hay que buscar nuevas certezas, a sabiendas de que nunca serán definitivas. Uno de los grandes errores cometidos por el dogmatismo en el pasado ha sido interpretar la certeza como tierra conquistada, cuando en realidad debería constituir un horizonte. Ningún dogmatismo es un lugar para quedarse a vivir, porque una y otra vez se ve desbordado por el caudaloso torrente de la historia, cargado de novedades.

Por su parte, ante esta misma crisis, el escepticismo no pretende constituirse en una reacción más, en pie de igualdad con las mencionadas (o cualesquiera otras). Los escépticos han aprendido en la cabeza ajena del dogmatismo los enormes costes que puede tener no solo valorar la certeza

por encima de todas las cosas, sino, muy en especial, interpretar de manera errónea su naturaleza. Por el contrario, precisamente porque el principio general del escepticismo es el de que no tenemos acceso a una verdad absoluta, el escéptico puede sostener, con toda rotundidad, que —al igual que señalábamos hace un instante a propósito del dogmatismo— su visión del mundo tampoco puede pretender ser un lugar en el que quedarse a vivir.

De aceptarse el planteamiento que hemos venido dibujando hasta aquí, la síntesis entre ambas posiciones filosóficas acaso podría quedar planteada en los siguientes términos: mientras que las certezas que persigue el dogmático constituyen en realidad un horizonte, las permanentes dudas del escéptico representan la mejor actitud, la más adecuada disposición, para acercarse a él. Probablemente no haya mejor forma de amar la verdad, tan baqueteada la pobre desde diversos frentes de un tiempo a esta parte, que intentar aunar lo mejor de las dos posiciones.

MANUEL CRUZ,  
catedrático de Filosofía Contemporánea





## PREFACIO A LA EDICIÓN INGLESA

*por*

JOHN GRAY

Bertrand Russell siempre se consideró un escéptico. Sin embargo, compaginaba este parecer con la incommovible convicción de que el uso de la razón podía transformar la vida humana. La coexistencia de ambos puntos de vista no resulta fácil. Entre los antiguos griegos, el escepticismo era una forma de alcanzar la paz interior, no un programa de cambio social. En los albores de la era moderna, Montaigne volvería a recurrir al escepticismo para justificar su alejamiento de los asuntos públicos. A los ojos de Russell ese alejamiento resultaba impensable. Miembro de una noble familia liberal —su abuelo, lord John Russell había sacado adelante la gran Ley de Reforma del año 1832 que había encarrilado a Inglaterra por la senda de la democracia—, Bertrand Russell era asimismo ahijado de John Stuart Mill. Llevaba la idea reformista en la sangre. Nada más natural, por tanto, que tratara de mostrar a los demás —y de probarse a sí mismo— que el escepticismo y la confianza en la posibilidad del progreso no tenían por qué ser nociones encontradas. La consecuencia de esa pugna personal se ha plasmado en la presente obra, en la que vienen a reunirse algunos de los ensayos más sugerentes y mejor escritos con que cuenta la lengua inglesa —un conjunto de textos en los que el autor intenta mostrar que la duda escéptica puede transformar el mundo.

En estos *Ensayos escépticos*, Russell argumenta que hemos de estar dispuestos a aceptar la incertidumbre de nues-

tras creencias. El autor nos dice que el hecho de que los expertos de un determinado campo del conocimiento discrepen no implica que la opinión contraria sea meridianamente cierta; y que si estos afirman que no existe base suficiente para expresar una opinión positiva, lo mejor es dejar en suspenso la adopción de un criterio propio. Sin duda se trata de máximas espléndidas, pero el hábito de reserva intelectual que vienen a encarnar se halla muy lejos de la pasión que Russell habría de exhibir en su faceta de reformista. Escéptico en cuanto a la teoría del conocimiento a la que él mismo se atecía, Russell se mostraba no obstante candoroso y confiado al abordar los asuntos humanos. De hecho, si se espoleaban sus tendencias reformistas era capaz de abrazar las esperanzas políticas convencionales y los proyectos de su tiempo con el estricto celo de un misionero.

Sus cambios de impresiones con Joseph Conrad ilustran adecuadamente este extremo —y debemos recordar que Conrad, a diferencia de Russell, era un verdadero escéptico—. En el año 1922, Bertrand Russell envió a Conrad un ejemplar de su libro *The problem of China*. Al igual que otros muchos países, China se había visto sumida en el caos tras la Primera Guerra Mundial. En un clima ensombrecido por la amenaza del desastre, venía a sostener imperiosamente Russell, ni China ni el resto del mundo podían acogerse más que a una única esperanza. La solución a los problemas de la humanidad radicaba en el socialismo internacional. Conrad no quería saber nada de semejante perspectiva. El socialismo internacional, escribirá a Russell, «es una de esas cosas a las que no puedo adscribir ningún significado concreto». Y a continuación añade:

A fin de cuentas no es sino un sistema, y además no es ni excesivamente arcano ni demasiado verosímil... El único remedio, tanto para los chinos como para los demás, estriba en un cam-

bio íntimo, un cambio del corazón, pero si observamos la historia de los últimos dos mil años no existen muchas razones para esperar que vaya producirse semejante cosa, por mucho que el hombre haya levantado el vuelo —lo que sin duda es una elevación edificante, aunque no sea causa de grandes cambios—. No vuela como las águilas, sino como los escarabajos. Y seguramente habrá notado lo feo, ridículo y fatuo que es el vuelo de un escarabajo.

A Russell le encantaba Conrad. Así describirá él mismo su primer encuentro: «fue una experiencia distinta a todas cuantas había conocido hasta entonces..., tan intensa como un amor vehemente y al mismo tiempo global y sin distinguos». La admiración que sentía por Conrad estaba llamada a ser profunda y duradera. Prueba de ello es que Bertrand Russell elegiría en honor a él el nombre de su hijo Conrad —más tarde historiador, par de Inglaterra y miembro del Partido Liberal Demócrata—. En su *Autobiografía*, Russell dejará constancia escrita de que las observaciones de Joseph Conrad evidenciaban «una cordura más honda que la que yo mismo he sido capaz de mostrar con las esperanzas que di en concebir, un poco artificialmente, en relación con la posibilidad de una solución feliz al caso de China». Sin embargo, nunca lograría convencerse de que pudiera resultar sensato aceptar el escepticismo que despertaban en Conrad las posibilidades del progreso.

La tensión reflexiva del planteamiento de Russell es realmente de fondo. A diferencia de muchos de los racionalistas posteriores, no siempre habrá de juzgar la ciencia con veneración acrítica. Dado que su escepticismo arraigaba en la tradición de Hume, Russell sabía bien que la ciencia depende de la inducción filosófica —esto es de la convicción de que, al hallarse el mundo regido por las relaciones de causa a efecto, el futuro habrá de resultar necesariamente

similar al pasado—. Como él mismo afirma en el encantador artículo titulado «¿Es supersticiosa la ciencia?», «los grandes escándalos que se han producido en la filosofía de la ciencia desde la época de Hume han sido los de la causalidad y la inducción. Todos nosotros damos crédito a ambas nociones, pero Hume resaltaré que nuestra creencia es una fe ciega a la que no es posible atribuir el menor fundamento racional». En sintonía con Hume, Russell consideraba que la fe en la causa y el efecto es una adquisición de la costumbre y un hábito animal, aunque sin ella carecería de sentido tratar de formular teorías científicas. La indagación científica depende de una confianza en la causación que es incapaz de superar el análisis racional. En resumen, la ciencia se funda en la fe.

Pero un conflicto irresuelto venía a asediar el concepto que Russell tenía de la ciencia. En su rol de reformista y partidario del racionalismo, Russell juzgaba que las principales esperanzas del género humano descansaban en la ciencia. La ciencia era la encarnación misma de la racionalidad práctica, de modo que la difusión del enfoque científico no podía determinar a la postre sino que la humanidad se volviera más razonable. Sin embargo, en su condición de filósofo escéptico, Russell sabía que la ciencia era incapaz de hacer que la humanidad fuese más racional, dado que la ciencia misma es producto de un conjunto de creencias irracionales.

De haber sido coherente con estas consideraciones, Russell hubiera debido proceder a un análisis estrictamente instrumental y pragmático de la ciencia, viéndola como una herramienta con la que los seres humanos se colocan en una relación de poder con el mundo. Si no llegó a concebirla de ese modo se debió en parte al hecho de que era consciente de que, muy probablemente, muchos de los fines que la ciencia acostumbra a materializar son de carácter negativo. La mayor parte de los ensayos aquí reunidos fueron escritos en la

década de 1920, esto es, en un período en el que se estaba gestando una guerra en Europa y Asia. Russell sabía que se recurriría a la ciencia para desarrollar nuevas armas destructivas. Desde luego, insistiría en que no se trataba de un hecho inevitable: la humanidad podía optar por no aplicar la ciencia más que a fines benéficos. No obstante, está claro que no creía que la razón pudiera deslindar los fines buenos de los malos. Su escepticismo moral se remontaba a la época en que decidió abandonar la fe de George Edward Moore en las cualidades éticas objetivas, y en varios de los pasajes de este libro vendrá a reiterarse convencido, como estudioso de las teorías de Hume, de que la razón es incapaz de determinar cuál es la finalidad de la vida.

En un texto fundamental, titulado «¿Pueden ser racionales los seres humanos?», Russell sugiere que el psicoanálisis puede ser un medio apto para la resolución de los conflictos humanos. Al cobrar conciencia de nuestros deseos inconscientes, viene a señalar Russell, es más fácil que nos veamos como realmente somos y que lleguemos a vivir por tanto —mediante un proceso que no explica— en mayor armonía recíproca. Estas son sus palabras: «Sumado a una preparación que permita conocer los rudimentos del enfoque científico, y suponiendo que se generalizara su enseñanza, este método podría hacer que las personas fuesen infinitamente más racionales de lo que actualmente son, y no solo en relación con el conjunto de las creencias vinculadas con los hechos, sino también en lo tocante a los efectos probables de cualquier acción que diera en proponérseles». Y prosigue: «Y en caso de que los hombres no se muestren en desacuerdo en estas cuestiones, podemos tener la certeza casi absoluta de que resultará posible hallar un arreglo amistoso para cualquier discrepancia que acaso viniera a subsistir».

La confianza que manifiesta Russell en los efectos pacificadores del psicoanálisis es a un tiempo cómica y conmove-

dora. En la medida en que participa del método científico, el psicoanálisis es similar a cualquier otra rama del conocimiento. Puede contribuir a fines buenos o malos. Si alcanzan una mejor comprensión de los deseos inconscientes de los seres humanos, los tiranos podrían valerse de ese conocimiento para afianzar su poder, y los belicistas lo emplearían para enconar los conflictos. Los nazis negarían toda validez al psicoanálisis, pero recurrirían a una rudimentaria concepción del mecanismo psicoanalítico de la proyección para colocar a los judíos y a otras minorías en el punto de mira. La ciencia de la mente puede convertirse en una herramienta con la que desarrollar una tecnología represiva. Russell lo sabía, pero prefirió no ahondar en esa posibilidad, puesto que mostraba con meridiana claridad la endeblez de sus esperanzas.

En sus aclamadas memorias, publicadas originalmente con el título de *My Early Beliefs*, John Maynard Keynes sostiene que Russell profesaba dos «creencias ridículamente incompatibles: por un lado se mostraba convencido de que todos los problemas del mundo procedían del hecho de que los asuntos humanos tendían a organizarse de la más irracional de las maneras, y por otro confiaba en que la solución resultara sencilla, puesto que todo lo que había que hacer era comportarse de forma racional». Se trata de una aguda observación, pero no creo que alcance a ver el fundamento del error en que incurre el racionalismo de Russell. La dificultad no estriba en el hecho de que nuestro autor sobrevalore la capacidad humana para el comportamiento razonable. Radica en la circunstancia de que, según su propio planteamiento, la razón es impotente.

En la carta en la que comenta la obra que Russell acababa de publicar acerca de China, Conrad escribirá lo siguiente: «Nunca he podido encontrar libro ni razonamiento alguno cuya sustancia me haya convencido de tal modo que me

empujara a renegar, siquiera por un solo instante, de la acendrada percepción que me lleva a concluir que la fatalidad gobierna el mundo que pueblan los seres humanos». La apasionada admiración que Russell sentía por Conrad debía de beber de otras fuentes. Una de ellas brotaba sin duda de la sospecha de que el fatalismo escéptico de Conrad viniera a dar más veraz cuenta de la vida humana que la desazonada fe que él mismo depositaba en la razón y la ciencia. Como reformista, Russell creía que la razón podía salvar al mundo, pero en su condición de escéptico y seguidor de Hume sabía en cambio que la razón jamás alcanzaría a liberarse de la esclavitud de las pasiones. Al escribir los *Ensayos escépticos*, Russell asume la defensa de la duda racional. Hoy podemos ver en ellos una profesión de fe, el testimonio de un racionalista militante que dudaba de las capacidades de la razón.

J. G.





# ENSAYOS ESCÉPTICOS



## INTRODUCCIÓN

### DEL VALOR DEL ESCEPTICISMO

Quisiera proponer a la amable consideración del lector una doctrina que, mucho me temo, puede parecer disparatadamente paradójica y subversiva. La doctrina en cuestión es esta: aunque resulta indeseable creer una proposición cuando no existe fundamento alguno para suponerla cierta, he de admitir, lógicamente, que si dicha opinión se extendiera, tanto nuestra vida social como nuestro sistema político quedarían transformados por completo —y dado que uno y otro son actualmente intachables, ha de pensarse que este hecho contradice necesariamente lo anterior—. Soy igualmente consciente (y esto ya es más serio) de que mi primera afirmación tendería a disminuir los ingresos de todos los videntes, corredores de apuestas, obispos y demás profesionales cuyo sustento dependiera de las esperanzas irracionales de cuantos no hubieran hecho mérito alguno para hacerse acreedores a la buena fortuna, sea en esta vida o en la otra. Pese a tan graves argumentos, tengo para mí que la paradoja que acabo de señalar es defendible, y así me propongo exponerlo.

En primer lugar, quiero evitar que nadie piense que adopto aquí una actitud extremosa. Soy un liberal británico y participo de la británica tendencia al compromiso y la moderación. Debe recordarse la anécdota que se cuenta de Pirrón, el fundador del pirronismo (que es el nombre que los antiguos daban al escepticismo). Este filósofo sostenía que

nuestro conocimiento jamás alcanza a garantizarnos que un determinado proceder resulte más sensato que otro. Siendo joven, y hallándose una tarde de paseo, vio que su profesor de filosofía (de quien había tomado sus principios) se encontraba de bruces en una zaja y no podía salir de ella. Tras contemplarle durante un buen rato, el alumno continuó su camino, asegurando que no existía fundamento suficiente para pensar que fuese en modo alguno positivo sacar al anciano del atolladero. Otros compañeros suyos, menos escépticos, efectuaron el rescate, recriminando a Pirrón por su crueldad. Sin embargo, el maestro, fiel a sus preceptos, elogió su coherencia. Desde luego, no me propongo aquí abogar en favor de tan heroico escepticismo. Estoy dispuesto a aceptar las creencias ordinarias del sentido común, si no en teoría, sí al menos en la práctica. No tengo inconveniente en admitir toda conclusión adecuadamente contrastada de la ciencia, aunque no a la manera de algo indubitablemente cierto, sino en tanto que realidad de probabilidad suficiente como para ofrecer un asidero a la acción racional. Si se anuncia que en tal o cual fecha habrá de producirse un eclipse lunar, considero que vale la pena salir a comprobar si efectivamente se produce. Pirrón habría visto las cosas de otro modo. Sobre esta base, creo justificado declarar que yo defiendo una posición intermedia.

Hay cuestiones en las que vienen a concordar todos cuantos se encargan de investigarlas. Las fechas de los eclipses pueden servir como ejemplo pertinente. Pero existen otros asuntos en los que los expertos no logran ponerse de acuerdo. E incluso en el caso de que todos los expertos coincidieran, podría darse perfectamente el caso de que se engañaran. Hace solo veinte años, el punto de vista que hoy sostiene Einstein en relación con la magnitud de la curvatura gravitatoria de la luz habría merecido el rechazo de todos los estudiosos, y sin embargo, se trata de una proposición que se ha

revelado verdadera. No obstante, en aquellos casos en que el parecer de los expertos se manifieste de manera unánime, será preciso que quienes no lo sean acepten que las probabilidades de que esa opinión resulte cierta superan la eventualidad de que lo verdadero sea lo contrario. El escepticismo que yo defiendo no equivale sino a esto: 1) que mostrándose de acuerdo los expertos, no es posible afirmar que la posición contraria sea segura; 2) que no existiendo dicha concordancia, las personas que no sean expertas no pueden considerar segura ninguna opinión; y 3) que si todos los expertos sostienen que no hay base suficiente para emitir un juicio taxativo, el hombre corriente hará bien en dejar suspenso su propio criterio.

Estas proposiciones podrían parecer moderadas, pero, de aceptarse, acabarían revolucionando por completo la vida humana.

Las opiniones por las que la gente está dispuesta a luchar, o aquellas que algunos aceptan incluso perseguir, pertenecen en todos los casos a una de las tres clases que este escepticismo condena. Cuando existen bases racionales para emitir una opinión, la gente se contenta con exponerlas y con esperar a que estas hagan su labor. En tales casos, las personas no sostienen sus juicios con vehemencia, los mantienen de manera sosegada y despliegan tranquilamente sus razones. Las opiniones que se defienden con pasión son siempre aquellas que no se sustentan en un fundamento firme. De hecho, la pasión es la medida indicadora de que el defensor de un juicio carece de convicción racional. En política y religión, las opiniones se mantienen casi siempre con ardor. Salvo en China, acostumbra a tenerse en poco al hombre que no manifieste rotundas opiniones en esos asuntos. La gente detesta mucho más al escéptico que al defensor vehemente de opiniones contrarias a las suyas. Se considera que las demandas de la vida práctica exigen nutrir opiniones en dichas mate-